

V.S. V.S. Naipaul y la pérdida de El Dorado^{*} SEGUNDA PARTE

Tomás Straka**

Universidad Católica Andrés Bello

RESUMEN

La obra del reciente premio Nobel, V.S. Naipaul (Chaguana, Trinidad, 1932) no sólo destaca por sus valores intrínsecos que la hacen una de las más importantes en legua inglesa el día de hoy; sino que además es una muestra muy clara de los problemas que el estudio de las complejidades multiculturales y los discursos post-coloniales, contemplan. Naipaul es un caso típico de los llamados *discursos de la inconformidad* que los pueblos descolonizados estructuran ante su realidad, por lo general poco halagadora. Los conflictos de identidad que ello encierra son particularmente reveladores en su obra. Junto a ello, el problema de la *visión del otro*, en este caso construida sobre la base de este discurso, se expresa igualmente al abordar el estudio del período hispano de la historia trinitaria, que se confunde en este momento con la venezolana, en su obra *La pérdida de El Dorado*. Lo que su lectura representa para el historiador venezolano, la forma en que se manifiesta la construcción de la imaginación histórica en ella, el problema de la identidad y los discursos postcoloniales en la creación del discurso histórico, así como la “versión trinitaria” de nuestra historia, es lo que se estudia en el presente artículo.

Palabras Claves: Naipaul, multiculturalismos, discursos-postcoloniales.

ABSTRACT

The recent Nobel Prize winner V.S. Naipaul (Chaguana, Trinidad, 1932)'s work, is not only highlighted because of its intrinsic values; which make it one of nowadays' most important works of the English language; but it is also a clear sample of multicultural-complexities and post-colonial studies' problems. Naipaul is a typical case of the so-called *unconformity discourses* structured by decolonized towns before their generally non-flattering reality. This reality's identity conflicts are particularly revealing in his work. Along with this, the issue of the *another one's vision* is equally expressed, constructed on this case over the basis of this discourse, when undertaking pre-Hispanic Trinitarian history studies; presently mistaken with Venezuela's in his *The Lost of El Dorado*. Throughout this article, what its reading represents to the Venezuelan historian, the way historic-imagining construction is manifested, identity problems and post-colonial discourses when creating historical discourse, as well as the “Trinitarian version” of our history, are studied.

Key Words: Naipaul, multiculturalism, post-colonial discourses.

* NOTA DEL COMITÉ EDITOR: Culminado en Caracas, en mayo de 2005. Recibido: junio: 2005. Aprobado para su publicación: julio del mismo año.

**Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas. Magister en Historia por la Universidad Central de Venezuela. Profesor en Ciencias Sociales, egresado del Instituto Pedagógico de Caracas. Cursante del Doctorado en Historia, UCAB. Miembro del consejo de redacción de la revista Tierra Firme. Autor de *Las Alas de Ícaro*. Indagación sobre ética y ciudadanía en Venezuela (1800-1830), Caracas, Konrad Adenaur Stiftung/UCAB, 2005; *La voz de los vencidos*, ideas del partido realista de Caracas (1810-1821), Caracas, UCV, 2000; *Hechos y gente*. Historia contemporánea de Venezuela, Caracas, Edt. Santillana, 2001; y coautor de *Nuevas propuestas para la educación en valores*, Caracas, Edc. Paulinas, 2001.

El roce de la historia.

Después de su sorpresa por los chaguanes, Naipaul afirma que “hubo dos momentos en los que la ‘historia’ rozó a Trinidad”¹: “el primero es la historia final de la búsqueda de El Dorado. Fundamentalmente, aparece la voz del propio sir Walter Raleigh”; “El segundo relato se desarrolla casi doscientos años más tarde. Es la historia de la tentativa, auspiciada por los británicos desde la isla de Trinidad, recién ocupada, de promover una revolución de elevados principios en el Imperio español.”² Es una concepción hartamente tradicionalista de la historia, asociada a los grandes hechos y los grandes hombres; a una grande y universal historia –que para este visor, es *la* historia- asociada a la europea, que previsiblemente se ajusta al pensamiento etnocéntrico y conservador de Naipaul. Pero le sirve, sin embargo, para marcar los puntos cardinales de la historia trinitaria. Y conjuntamente, el fracaso de los dos proyectos –encontrar El Dorado, hacer una revolución de “elevados principios”- también le sirven para acusar el particular *sino* de las colonias, para apuntar su fatalismo.

La primera parte del libro se titula “El Tercer Marquesado”. Se trata de la tragedia de Antonio de Berrío, que lo pierde todo –la riqueza, el honor, la cordura, el destino- en su empeño por hallar El Dorado. Perdido por la Orinoquia, la suya es una historia de afiebramiento y desesperación como tantas de la conquista. Para el historiador venezolano o colombiano se trataría de otro episodio más, y ni siquiera el más dramático. Pero para Vidia es el agorero anticipo de la historia trinitaria. Eso lo deslumbra. El drama insospechado de sus orígenes. La selva que como el galleguiano espíritu de Canaima se devora la energía de los mejores hombres; las idas y venidas de Berrío por lo caños y el gran cauce del río en pos de sus ilusorias riquezas. Su desarrapada condición en una isla que es la antípoda de la riqueza soñada, la cutre Santo Tomé de Guayana; la Barataria como suma de toda una época. Su obstinación, su fe en un sueño que una y otra vez le mostraba dolorosamente su irrealdad. Era una combinación aplastante que iniciada así no podría terminar en nada bueno. Y termina

en dos países: Venezuela y Trinidad. A eso va Sir Vidia. Pero hay más, la fatalidad de Berrío fue más allá y se consume en otra. Es una némesis que se transforma en la de Walter Raleigh. Poseso por el mismo espejismo, embriagado de las mismas fantasías, también lo perderá todo, incluyendo su propia vida, tras el mítico reino de Manoa con sus calles de oro. Raleigh apresa y despoja a Berrío. Por nada, sólo por comenzar una cadena de adversidades que lo llevarían finalmente a la Torre de Londres y al cadalso. Se trató tal vez del traspaso de la malaventura, de la maldición de Canaima de un enloquecido a otro. De un derrotado a otro.

El Dorado no se encontró nunca, e ingleses y españoles prefirieron olvidar aquella vastedad por siglo y medio. Ni el recuerdo quedó, al menos en el lado trinitario. En el lado venezolano aún los historiadores nos acordamos de Berrío. Pero sus huellas a los pocos años de su tragedia era apenas perceptibles: cuando termina la aventura del último de los Berrío, Fernando, el hijo que intenta recuperar aquellos dominios para sólo conseguir, camino a España, ser apresado por piratas moros y morir como esclavo en Argel; para ese momento, sólo quedaban dos puntos poblados en medio de la nada, las famélicas Santo Tomé de Guayana y San José de Oruña. Ésta última en Trinidad. Es el inicio de la historia de la isla. Por El Dorado Berrío inició su poblamiento, como base de operaciones para la conquista de Guayana. Un poco más al oeste, espontáneamente, surge otro pueblo, al que llamarán el Puerto de los Españoles y al final Puerto España³. Eso es todo lo que hay para 1650.

Y Vidia no sabe muy bien qué hacer al respecto. Así que debe echar mano de la *imaginación histórica*. Uno de los principales problemas del historiador que se asoma a un problema inexplorado hasta él, es el de carecer de las *preconcepciones* de las que siempre nos dota el estado de la ciencia. Aunque sea para que los nuevos descubrimientos las desmientan –como suele suceder– estas nos sirven inicialmente como un molde en el que vaciar, clasificar y ordenar la información. Pero Naipaul no las tenía; no las podía tener. Al mismo

tiempo que él está investigando, Jesse A. Noel anda en lo mismo para publicar poco después al mejor libro que sobre el momento tenemos en castellano: *Trinidad, provincia de Venezuela*⁴; en su primera página estepa: “En las historias de Trinidad escritas hasta ahora, no ha habido ningún intento de proyectarla sobre el vasto cuadro de la América española, de la cual Trinidad formó parte por mucho tiempo, tanto desde el punto de vista geográfico como administrativo.”⁵ Es decir, no había categorías, periodizaciones o algo similar.

No obstante, tanto Noel como Naipaul, sin estar de acuerdo, ensayan esa proyección sobre Sudamérica –así como, a contrapelo, la de Sudamérica en el Caribe- bien que sin lineamientos claros para guiarse. En consecuencia, se los crearon. Pongamos un ejemplo: esa idea en sí del “tercer marquesado”. El lector iberoamericano, incluso el muy culto, bien pudiera preguntarse de qué estaba hablando con eso: marquesados hubo tantos en la América Española... Pues, el giro de Sir Vidia es el siguiente:

*“Berrío se casó ya mayor, a los cincuenta y tres o cincuenta y cuatro años. Su mujer era sobrina del conquistador Quesada, que capturó el tesoro de los chibchas y fundó, en la zona que abarca aproximadamente Colombia, el reino español de Nueva Granada. Quesada era rico; sus fincas estaban valoradas en catorce mil ducados anuales; poseía el título de adelantado. Pero quería ser el tercer marqués del Nuevo Mundo, después de Cortés y Pizarro. Si lo descubría, El Dorado sería ese tercer marquesado: era el trato que había hecho, ya anciano, con el rey de España. Su expedición duró tres años; de dos mil personas, sobrevivieron veinticinco. Quesada murió años después, desfigurado por la lepra. Sus tierras de Nueva Granada pasaron a su sobrina, y a través de ella a Antonio de Berrío. Ésa era la herencia que Berrío, cuando se retiró de las guerras de Europa, fue a reclamar a las Indias, en 1580. Tenía sesenta años, pero su familia era joven. Su hija mayor tenía cinco años; su hijo, dos.”*⁶

Imaginación histórica: la imagen que nos hacemos del pasado para aprehenderlo. Convertir al humilde Nuevo Reino de Granada en el “reino español de Nueva Granada” nos conduce a una imagen muy distinta, a una hidalguía española de otro calibre; centrar la aspiración de Quesada en la dignidad de marqués –cosa prácticamente desapercibida por el resto de la historiografía hispanoparlante- y no en el oro y su delirio, también pone las cosas en otra parte. “El Tercer Marquesado”, así, con mayúsculas y entrecomillado, como categoría, es un ejemplo del papel que juega la imaginación a la hora de estructurar el pasado. Nadie, en Colombia y Venezuela, a los mismos hechos, los hubiera *imaginado* así.

Otro elemento es la visión de la Trinidad posterior, esos casi doscientos cincuenta años que van del final de la conquista a la llegada de los inmigrantes franceses que le imprimieron algo más que sangre nueva a la isla. En ese punto, el historiador venezolano está igual que Naipaul: simplemente no tiene ninguna visión. “La provincia fantasma (1633-1776)” se titula el tercer capítulo del libro: “Poco envió a España; poco recibió de España. A partir de 1633, no hizo escala ningún buque mercante español durante veinte años...”, así comienza.⁷ Llegaron unos misioneros, hubo una matanza de los mismos en 1699, pero insistieron y la cruz (ayudada por mosquetes, claro está) se impuso: ellos se encargaron en lo subsiguiente de los pocos indios que quedaban. San José de Oruña era una ciudad en términos legales, sólo eso. No existía en realidad. Había un cabildo, y recuérdese que el cabildo era *la* ciudad, pero calles, casas, plazas, referencias físicas mayores, en realidad, no había, como con tantas otras ciudades venezolanas de entonces. Los vecinos se fueron a los montes y se reunían... cuando se reunían a celebrar cabildo. Puerto España sí irá creciendo un poco, es al menos una ranchería más compacta. Al final, el gobernador se muda para allá, pero San José no murió.

Pobreza y despoblamiento. Aunque Naipaul la ve como una Arcadia exalta los cuentos de pobreza que también encontramos en el resto de las ciudades venezolanas anteriores al cacao, y que si hoy

nos resultan pintorescos y hasta graciosos, en realidad son de un dramatismo espantoso: hubo una epidemia de viruela y “hasta los monos se murieron”; “los ciudadanos de San José, ya una antigua fundación del Nuevo Mundo –olvidado el nombre del fundador: algunos pensaban que era Barrero, otros que Josef de Oruña-, siguieron viviendo con sus negros, aislados y sobreviviendo gracias al alcohol”; se fue el médico, llegó otro, murió, “le sucedió un francés que presentó varios certificados en lengua francesa, que los miembros del Cabildo no comprendían; en los archivos consta que el recién llegado al menos parecía médico”⁸, y así. Su mágica realidad. “Apartados de la historia, podrían haber seguido arañando la tierra en busca de alimento, y el siglo XVIII habría pasado sin más ni más. Pero de repente, España decidió ocuparse de Trinidad, y la Arcadia española tocó a su fin.”⁹ Enfocada hasta ahora hacia el continente, entrará en la espiral caribeña, donde la historia estaba adquiriendo otro vigor.

En efecto, más o menos alejados del arco de las Antillas Menores, esa periferia del Imperio Español que de guarida de piratas y otros prófugos pasó a base de sus enemigos, que pronto hallaron en éstos una formidable fuerza mercenaria de ataque; y relacionados a la monotonía de las curiaras del Orinoco y su magro comercio, los trinitarios, que metidos en sus montes empezaron a cultivar cacao y a traer algunos negros, no parecían estar conscientes, en el último tercio del siglo XVIII, de lo que les venía. Nada más y nada menos que el capitalismo. Las islas azucareras –los filibusteros con el tiempo se convirtieron en responsables plantadores y padres de familia– aportaron la energía que hizo mover la maquinaria de la Revolución Industrial. No, claro, la física: de eso se encargaron las carboneras inglesas; sino la importante, la económica. La azúcar, el café y el cacao destinados al refinamiento del paladar burgués propulsó el comercio de esclavos. Pero a tal nivel que pronto se convirtió en la principal fuente de eso que en otros tiempos era rigor llamar acumulación originaria de capital. El comercio triangular que llevaba azúcar a Liverpool, a Marsella; que allí compraba insumos y los llevaba

a Guinea, donde se cambiaban por negros para, a su vez, ser vendidos a los plantadores siempre deseos de más mano de obra, que el cansancio y los malos tratos obligaba a reponer frecuentemente; ese comercio hizo importante a las Antillas. Tanto que al vez el dato de que Francia intercambié con Inglaterra Guadalupe por Canadá, da una idea. Tal vez el otro dato de que los puertos de Santo Domingo Francés tenían un tráfico en varias veces mayor a los de Boston y Nueva York, puede dar otra mejor.

Las ideas fisiocráticas, que defendían la agricultura de plantación como auténtica riqueza en vez del oro; el pingue comercio de mercancía humana; los frutos tropicales, llevaron a los franceses, a los holandeses y a los ingleses a establecer cada uno su respectiva Compañía de las Indias Occidentales. Su función era sistematizar lo que ya los viejos filibusteros venían haciendo, convertir en colonias las islas que los españoles no ocuparon, sacar a los indígenas en donde fuera necesario (y parece que lo fue en todas: la matanza de los caribes superó con creces a la hecha por los españoles en Tierra Firme) y sostener armadas para arrebatarse más islas a los españoles y, luego, para peleárselas entre ellos mismos en un conflicto que dibujó formas tan laberínticas que se le conoce ahora como la “Pelea de Gallos”.

Toda la Armada española es capturada por los holandeses en Cuba en 1628; Curazao y Aruba pasaron a sus manos en 1648; Jamaica a Inglaterra en 1655; el oeste de la isla de la Española a Francia en 1698; por el Orinoco los holandeses se alían con los caribes y comercian y azotan el territorio entero (los españoles responderán enviando jesuitas, con retablos barrocos para convertir a los caribes y milicias para contener a los flamencos); se establecen al este del río Esequibo; la sal de Araya es un objetivo expreso de la Compañía Holandesa; se saquean las ciudades portuarias españolas, se asaltan sus flotas, se ocupan sus islas: el oro llega a borbotones a los puertos flamencos y en la bolsa de Amsterdam todos no hacían sino frotarse las manos. Es tan bueno el negocio que hasta los daneses se meten en él, el rey de Prusia busca un socio para hacerlo y un grupo de

suecos va a parar a los montes de Guayana, de dónde deben ser sacados no con poco esfuerzo.

Tarde, muy tarde, es que los mismos españoles se dan cuenta del negocio. Hubo de llegar un nuevo rey, nacido Francia y nieto de Luis XIV para iniciar, junto a su nueva dinastía, la de los Borbones, un proceso ambicioso de reformas. Entre las más significativas está la de crear, como todo rey de potencia colonial que se respete, su propia compañía. El rey es Felipe V y la compañía, la Real Compañía de Caracas, popularmente conocida como la Compañía Guipuzcoana por estar en esta ciudad vasca su sede. El objetivo es aplicar los principios fisiocráticos a la ubérrima pero olvidada Provincia de Venezuela. Así se hace, aunque nunca con la intensidad de Santo Domingo y, sin embargo, los resultados no se hacen esperar: tres años después de fundada ya pagó dividendos —el Rey era su principal accionista— por el orden del 20%, muchísimo entonces.¹⁰

Naipaul no hace todo este cuadro histórico, obviamente. Pero su narración da con él cuando los españoles —a su juicio, “de repente”— se ocupan de la isla. Si bien se escoge inicialmente a Venezuela por sus extensas costas caribeñas y por su geografía tan similar a la de las Antillas para hacer el negocio, pronto ven en Madrid que tienen una isla prácticamente despoblada, susceptible de un destino más alto.

... “Caracas tenía universidad y teatro. Si bien no era aún un país, Venezuela tenía sus propios códigos sociales. Era a causa de la vida independiente de sus provincias por lo que el Imperio había perdurado. Al poco, el Imperio se vería amenazado por esta vida. Fue lo absurdo de lo que, al final, había significado el éxito imperial.

Y de repente, lo mismo ocurrió con Trinidad. Volvía a considerársela punto estratégico. Podía custodiar provincias tan tentadoras como lo había sido El Dorado, no contra corsarios y piratas, sino contra los movimientos de armadas y ejércitos. Había que poblarla y fortificarla; sería otro arsenal del Imperio,

una segunda Cartagena; sería un centro para el comercio de América del Sur. Pero para todo eso, Trinidad tendría que dejar de ser española. España no contaba con suficientes hombres. Tendría que enviar emigrantes extranjeros. Los emigrantes serían católicos: eso suponía cierta garantía.”¹¹

Pero Trinidad no llegó a nada de eso. Sólo dejó de ser española (aunque aún es ligeramente mayoritaria su población católica). Es la fatalidad, una vez más. Ya no son los tiempos de los colonos ni los filibusteros. Llegó el tiempo de la Revolución.

El Dorado perdido.

La tercera parte del libro trata del desmoronamiento del Imperio español y de la lenta, tortuosa, creación de un orden nuevo en Trinidad. Es acaso la mejor, y también la más larga. No podremos glosarla, ni es el caso, pero sí debemos examinar las tesis que sostiene, en las que se manifiesta el núcleo de toda la línea de pensamiento que se ha venido analizando: el problema de la identidad post-colonial y el de la visión del otro.

En 1776 se abre la isla a la emigración de extranjeros; en 1789 estalla la Revolución Francesa y ya un año después contagia eléctricamente a Haití. Ahí se acaban los sueños fisiocráticos y todo va a cambiar en el Caribe. Y a cambiar para siempre. El mulato Victor Hugues es enviado a Martinica por el gobierno revolucionario con las ideas republicanas, unas tropas y una pequeña flota; y todo indica que ya nada parará la subversión del orden que sostiene aquella prosperidad, y cuya piedra angular es el dominio y la explotación de los esclavos. Libertad, igualdad, los negros comienzan a considerarse sujetos de derechos. Cunde el pánico. Hasta en Venezuela hay ya un alzamiento de negros en 1795. En Haití se ha perpetrado un verdadero holocausto de plantadores. Trinidad se llena entonces de franceses. Roturan tierras, traen sus negros, por fin se pueblan San José y Puerto España, pronto son mayoría en sus respectivos cabildos. Aún Su

Majestad Católica es una garantía para que el sueño continúe. A Trinidad es llegado entonces el esclavismo, pero al estilo francés, no al español, mucho más suave.

Ante esto, el último gobernador hispano, José María Chacón, vio todo trastornarse, írsele de las manos. Con los emigrados franceses llegó el germen de la revolución: los hay monárquicos y republicanos, rivalizan, se odian, pero ante él los une el hecho de ser franceses. España e Inglaterra entran en guerra con Francia, pero los franceses son mayoría en la isla. Hay negros que cantan “La Marsellesa”. Chacón es, además, un pusilánime, o eso al menos parece. Tal vez lo que está es rebasado.

“El golfo de Paria era español y neutral. Pero llegaron barcos corsarios franceses, republicanos, a carenar, y Chacón no pudo impedirlo. Llegaron buques británicos para darles caza, y Chacón tampoco lo pudo impedir. La fragata Alarm, con treinta y dos cañones, ya había hundido tres barcos corsarios. En realidad, la isla ya no era española. España había vuelto a fracasar.”¹²

Pero lo que vendría es lo que Naipaul ve como la suma de todos los fracasos: la locura de la revolución hispanoamericana. Los coletazos revolucionarios pegan fuerte en Costa Firme y terminan por agitarla, por lanzarla por el despeñadero de la violencia. Fracaso para los ingleses, por cuanto no podrán transmitirle las “ideas elevadas” que él cree ver en sus intenciones; fracaso para los mismos criollos, que en realidad no saben lo que quieren; y fracaso en sí para toda idea en sí de revolución colonial: recuérdese, las sociedades simples generan gentes iguales. No hay remedio, en el concepto naipuliano de las cosas.

Al latinoamericano promedio, este análisis le resultará, cuando menos, cruel. Pero en tal crueldad es que debemos detenernos; no para desmentirla –se trata de una visión como cualquier otra, a la que nadie está obligado a seguir- sino para analizarle el sentido. Es eso

de la visión del otro cuando pasa por su rasero a hechos y personajes con una posición muy significativa en el imaginario de los venezolanos. La dimensión, por ejemplo, que desde la perspectiva trinitaria le da a nuestra independencia, como un fenómeno esencialmente caribeño, inseparable del resto de las agitaciones de la cuenca y en buena medida resultado de ellas, resulta interesante. Pocas veces nos detenemos en la estrecha relación de nuestros hechos con el resto de los del Caribe. Lo resulta igualmente la desacralización de nuestros héroes. Pero sobre todo lo es la perspectiva de las cosas cuando se las ve desde Puerto España.

Los revolucionarios que en nuestra historiografía se *van* a Trinidad, donde desaparecen, mandan eventualmente cartas o reaparecen en el momento menos pensado, en el visor de Naipaul *llegan* de Caracas, son excéntricos, hablan de las barbaridades de la guerra en Venezuela y, sinceramente, cuando empiezan a ser muchos, se tornan molestos. Son dos planos de una narración en los cuales la *otra* realidad tácita que subyace a la que vemos, sale a flote cuando ésta se hunde; las dos nunca están al mismo tiempo, –como la vida y la muerte en la tesis de Epicuro, que cuando la una es, la otra no es pero que se complementan. El texto de Naipaul es, en este sentido, la otra mitad de los textos tradicionales venezolanos. Cuando emerge, aquéllos se hunden.

Y es también, de nuevo, esa suerte de juego de sombras chinas del mito de la caverna. Cada uno, desde su lado del Golfo de Paria, ve otra sombra. Un caso solemne es el del primer gobernador inglés de la isla. Vale la pena detenerse en él, porque resulta la gran metáfora de todo esto. Dentro del marco de los acomodados y reacomodados de las guerras desatadas por la Revolución Francesa, un yerro –¡otro!- de la diplomacia española la puso al lado de Francia y en contra de Inglaterra: la ocasión estaba servida y no la desaprovecharán los ingleses; la isla mal defendida por milicias indisciplinadas nada podía ante el ataque, y Chacón, impotente, se rinde sin pelear, dando tal vez gracias a Dios por no tener que seguir al frente de los entuertos

trinitarios. Es el año de 1797 y el nuevo gobernador es el general Thomas Picton. Considerado héroe en Inglaterra por su gloriosa muerte en Waterloo, lo es también en la historiografía venezolana. En ella aparecerá siempre como el buen Picton que acoge a Gual y España, y a otros tantos refugiados de las cotidianas conspiraciones de Caracas; que sueña con prender la mecha de la revolución en Tierra Firme, que manda pasquines; el benefactor de los perseguidos que, agradecidos, escribirán después con oro su nombre en nuestra historia patria.

Pero ese Picton en la memoria trinitaria es otra cosa. Es el militar que mientras acicatea la rebelión en Venezuela con la esperanza de propiciar una intervención inglesa en el Orinoco, mantiene en casa las cosas “atadas y bien atadas”, con mano dura, durísima; es un hombre eficiente –la verdad es que la isla prospera enormemente al punto de que pronto los plantadores olvidaron cualquier forma de lealtad a España– pero que con su carcelero y verdugo Jean-Baptiste Valliot, le aplicaba a los negros las peores torturas o las más tormentosas ejecuciones al estilo francés (ése que en Haití hizo que la sociedad colonial estallara por los aires) para tener las cosas en calma. En este sentido, la narración del caso de Luisa Calderón es magistralmente llevada a cabo por Naipaul y expresa en toda su gravedad lo que orden significaba para Picton y el perfil que un personaje puede adquirir cuando se le ve desde otro punto.

Luisa era una muchacha de catorce años, hija de una manumisa venezolana. Era ama de llaves y amante de otro mulato llamado Ruiz, un enriquecido comerciante de Puerto España. Ruíz era amigo de Picton. Ahí ya se ven problemas. El general severo ya era amigo de mulatos; y de hecho, vivía con una mulata, amancebado. Acusó a Luisa de haberle robado un dinero. La muchacha juró y volvió a jurar que no lo hizo, y aunque todos los indicios apuntan hacia celos de Ruiz en el fondo de la acusación, el caso fue pasado a Valliot. La seguidilla de torturas a la que se sometió es indecible. Tanto, que los colonos ingleses que ya estaban empezando a llegar con sus ideas liberales, se ofendieron. El pleito que armaron no tardó en llegar a Londres y

en convertirse en un escándalo mayúsculo. Es 1803, y se nombra al respecto un comisionario, el coronel William Fullarton. Viene a poner orden. No puede. Más bien se prolonga la disputa, se divide a la isla en dos, se dividen hasta a los exiliados venezolanos (en realidad, ellos ya andaban divididos por su cuenta, pero cada bando acoge a un grupo distinto) y todo eso hace que finalmente los dos sean llamados a la City, donde nadie entiende bien de qué se trata el asunto. Unos defienden la tesis humanitarias contrarias a la tortura y exigen la aplicación de leyes inglesas; los viejos plantadores franceses y criollos, con Picton, sostienen que el derecho español –tan ahíto de descuartizamientos- es imprescindible para evitar otro Santo Domingo. En el fondo era un problema típico de convivencia en las sociedades multiétnicas.

Y la City procede salomónicamente: los dos se deben ir de la isla. Fullarton caerá en desgracia, y vuelto otro personaje obsesivo como los conquistadores de El Dorado, seguirá insistiendo en hacer justicia por años, muriendo en la desesperación por ello. Picton va a parar a los ejércitos de Wellington, donde su actuación es tal, que lo lava de toda culpa para la posteridad. Entre tanto son enviadas nuevas autoridades a la isla, que tampoco pueden poner orden. Al contrario, no tardan en mimetizarse con cada uno de los bandos. No podía ser de otra forma: nadie sabía en Trinidad qué era exactamente la justicia, y por eso, mientras se averiguaba, para evitar males mayores, seguían con sus cámaras de torturas para los negros y la impunidad para los blancos. Al menos prosperaba la economía, lo que es siempre es algún consuelo:

“En Venezuela continuaban en vigor las leyes españolas. En Trinidad, doce años después de la conquista británica, nadie sabía aún cuáles eran las leyes. Se sacaba el mejor partido de ambos códigos, el español y el inglés, y con frecuencia cada uno hacía lo que le venía en gana. El sistema jurídico de la isla era un caos; había centenares de litigios pendientes. El gobernador Hislop [sustituyó a Picton, aventado por el escándalo a la gloria de Waterloo] estuvo

años enteros pidiendo ayuda. Por fin, en Londres, lord Casterlagh llegó a la conclusión de que lo que hacía falta en Trinidad era alguien como un presidente del Tribunal Supremo.

La idea se la sugirió a Casterlagh un hombre llamado Geroge Smith, que había ejercido como juez durante algún tiempo en las Indias Occidentales, en Granada. Smith tuvo una entrevista con Casterlagh, y después se pasó un año negociando el puesto con él (...) enviaron a George Smith a enderezar las leyes de Trinidad en 1809.”¹³

Las torció más. Se hizo presentar como Oidor y llegó de Londres “cargado de títulos españoles”; sí, “Smith era amigo de Miranda, a quien le había pedido prestados los libros de derecho español y, tras numerosos borradores, redactó meticulosamente su propio nombramiento, incluyendo sus títulos.”¹⁴ Los resultados fueron previsibles. El nuevo gobernador, Hislop, que tanto sale en nuestra historia por su ayuda a Miranda, cuando hubo de enfrentarse a los pleitos de los plantadores, sus negros y los emigrados venezolanos, no tardó en comprender las razones de Picton y en garantizarle la permanencia en el cargo a Valliot. Smith y Hislop no tardaron en ponerse a la cabeza de los bandos en pugna.

Ante esto, Naipaul no puede sino exhalar ironía; una fina, cruel, mordacidad, en todo este mundo incoherente. Volvamos una vez más a Picton. El giro que da es insospechado para nuestra historia, que lo tiene por héroe. Del apoyo inicial a la revolución, pasó poco a poco a un cierto escepticismo y luego al franco deslinde. “Con Gual y España, Puerto España había pasado a ser el centro de la revolución.”¹⁵ No sólo los comprometidos en este movimiento se concentraban allí, sino también los agentes de Miranda comenzaron a llegar. Picton, poco inclinado hacia innovaciones en su colonia que pudieran emular un Santo Domingo o una Martinica, los toleraba con la esperanza de prender la mecha en Tierra Firme. Pero la mecha no prendía. Promesas, palabras y fracasos, más fracasos. El desembarco

clandestino de España en Venezuela fue una seguidilla de errores que terminaron con su captura y descuartizamiento en la Plaza Mayor de Caracas. Picton empezó a dudar. Los líos por lo de Luisa Calderón le hizo dudar aún más de estos revolucionarios ilustrados. Además, en una isla con tantos negros, con noticias claras de sus organizaciones clandestinas y su vudú, que la represión no había podido ahogar; con no pocos mulatos exaltados que suspirando por Victor Hugues y Toissant L'Overture; en una isla así, tanto agitador junto no era bueno.

Por ello la actuación de los conspiradores criollos, Gual y España, los agentes de Miranda, Miranda mismo, le estaban comenzando a caerles gordos; a alborotar el reino que él y su verdugo francés con tanto esfuerzo mantenían en orden. Ese es el momento en que muere envenenado Manuel Gual:

“Es posible que el gobernador de Cumaná proporcionara el veneno, pero los españoles de Trinidad pensaron que Picton era el responsable del envenenamiento. No se acusó a nadie abiertamente y Picton no dijo nada. Los americanos de origen español que le acusaban no intentaron descubrir la verdad. Se conformaron con el resentimiento, era lo único que le quedaba a la revolución.”¹⁶

Vaya que eso es duro: ¡Picton metido en la muerte de Gual! ¡El resentimiento como lo único que le quedaba a la revolución! Naipaul es muy poco generoso con ésta y con cualquier revolución: “La revolución conocida como Revolución de Gual y España abarcaba mucho de lo que estaba por llegar: las palabras prestadas que no encajaban con la sociedad, el teatro privado de disfraces y nombres falsos que acabó en sangre y cabezas clavadas en lugares públicos.”¹⁷ Así es el Tercer Mundo, así son los colonizados metidos a redentores: la Teoría Zuche de Kim Il Song, la Tercera Teoría Universal del Libro Verde de Gadhafi, el Libro Rojo de Mao, la Doctrina de los Cinco Pilares de Sukarno, el Árbol de las Tres Raíces de Chávez, las cosas que decía Patricio Lumbumba; extravagancias pintorescas, delirios

afiebrados, cosas de *infes*. Y así fue “la revolución de segunda mano de la América hispana, con fuerza pero sin principios”; “aquellos revolucionarios venezolanos eran tan simples como sus palabras”¹⁸. La dura realidad que lleva a Picton y a Hislop a apartarse de sus ideas revolucionarias, se tragó a los revolucionarios que no cejaron en sus ilusiones. Es el mismo sino trágico que se tragó a Berrío y a Raleigh en la búsqueda de otro reino utópico.

Ante este panorama, Francisco de Miranda y Andrés Level de Goda son dos los pocos venezolanos que captan alguna simpatía de Naipaul.. El europeísmo de Miranda y la acritud de Level frente a sus compatriotas ayudan no poco en ello. A Miranda, incluso, lo trasmuta hasta convertirlo en sí mismo, en la alegoría de toda la inconformidad colonial. “De joven, en Caracas, Miranda ansiaba Europa, una civilización y una sociedad más exigentes que las plantaciones y los mercados de Venezuela. Amaba Europa más que ningún europeo, porque no podía dejar de apreciar sus delicadezas y jamás dejó de prepararse para ello (...) Se autoprocalmó conde. Era su dandismo colonial, que empezó como un tributo a la metrópoli y se convirtió en un aspecto de su inseguridad de forastero en un entorno que, sin embargo, sentía como algo propio.”¹⁹ ¿Suena extraño a Sir Vidia? Pero hay más, asociado al desarraigo mirandino y a su sino trágico. Después de su primera expedición, en junio de 1806, “...Miranda llegó a Puerto España, derrotado”:

“Algo fantástico: había intentado invadir Venezuela y había fracasado. Sufrió la derrota sin siquiera desembarcar en Venezuela, y su llegada a Puerto España, en junio de 1806, fue como regresar a casa, tras treinta y cinco años. Cuando se marchó de Venezuela, en 1771, podía considerarse a Trinidad parte de su país, una zona descuidada, con los españoles de San José viviendo en estado de alcoholismo, en el monte, con sus negros, y Puerto España un simple grupo de chozas de pescadores. Como Raleigh en la seguridad de la Torre de Londres,

*Miranda llevaba muchos años planeando su regreso del exilio...*²⁰

Y como con Raleigh el retorno fue para hallar la perdición. Después del fracaso de la segunda expedición, que esta vez partió de la misma Trinidad, ya “había ocurrido lo suficiente como para demostrarle a Miranda que su causa era una ilusión, que tras años de exilio estaba solo”²¹; que no en vano había pasado “treinta y cinco años fuera de Venezuela y pocos suramericanos lo comprendían.”²² Que, como él, en realidad no era de ninguna parte.

Level de Goda es el otro ejemplo del desarraigo. Su vida exagerada –valga la transposición del título de Bryce Echenique- le permitió escribir dos versiones de unas memorias que constituyen uno de los testimonios más dolorosos que hay del malestar del estar-en –el-mundo del colono desarraigado²³; dramática confesión de un hombre que en defensa de sus ideales (no siempre libres de su carácter apasionado y volátil) se metió en cuantos líos le fue posible, se opuso a la república y después a los desmanes de los españoles que la reconquistaron, se aparta de los monárquicos, coquetea con los liberales de la península, se une después a los liberales criollos y al final estará contra todos. En ningún bando consigue los principios de justicia que él cree sostener; sólo hay política, pasiones, violencia. En realidad él mismo es pasión, violencia y política. El balance lamentable de la vida republicana venezolana para el momento en que las escribe (1851), pareció demostrarle sus peores barruntos. Aporta, por lo tanto, una visión extremadamente crítica, contraria a la de la Historia Patria, donde no se salvan de su filiosidad viperina ninguno de los héroes de la Emancipación.

Level llega a Trinidad con su título de abogado de la universidad de Caracas y su premio por la excelencia académica –otra similitud con Vidia- en un momento en el que el “oidor” Smith y el gobernador Hislop estaban más que enfrentados por la administración de la colonia. No saber español y tratar de aplicar el derecho de Castilla a la vez es,

cuando menos, difícil. Así que este hábil abogado, bilingüe, versado en Leyes de Indias, que entiende bien los laberintos de nuestra casuística tan contraria a la lógica anglosajona, se hacepreciado y sus honorarios se disparan. Está a sueldo de Hislop y adquiere un enorme poder. Reconstituye el cabildo, reinstala las formas españolas que en realidad se están perdiendo a ambos lados de Paria. Se mete, obvio, en problemas. Ante él, los partidarios de Smith contratan a otros abogados venezolanos, Pedro Gual y Miguel Peña. Pero no dan la talla. Level lo más amable que dice de ellos es que “eran buscafortunas, tan envidiosos de su éxito entre los ingleses de Trinidad ‘como lo son los tenderos del tendero de la esquina.’ Los hombres a quienes Level insultó de este modo eran Pedro Gual y Miguel Peña, futuros socios, ministros y negociadores de Bolívar (...) Una vez más nos da una idea del nivel.”²⁴

Y una vez más, también, la transmutación de Sir Vidia: el colono brillante, con éxito entre los ingleses, enemigo de la revolución venezolana (“Level empezó a pensar que los venezolanos no estaban preparados ni intelectual ni socialmente para la independencia y que, sin España y el Imperio español, Venezuela se vendría abajo.”²⁵; otra vez aquello que vio en África de que todo volvería a la selva); ese colono sólo recibe envidia y encono de sus compatriotas. Comoquiera que ellos serán grandes epígonos de la república (y eso que parece no saber Naipaul que Gual, hombre de insospechable brillantez más allá de la construcción histórica de este autor, llegaría a presidente), “nos da una idea del nivel”. Así de simple. Además, las matanzas posteriores de Venezuela le sirven de confirmación. En 1810 llegan a las Antillas las noticias de los triunfos napoleónicos en España. De Trinidad saltan a Caracas. El momento es llegado.

*“Al fin llegaba la revolución a Venezuela. España se había marchitado súbitamente, y Venezuela, aislada de España, se deshacía entre sus divisiones y castas. Pero no fue la revolución que esperaban el gobernador Hislop ni Miranda. Fue la pérdida de la ley. La sociedad colonial, pacífica, atrasada, se había hecho sangrienta.”*²⁶

Era el retorno de la selva. Donde los venezolanos vimos heroísmo, Naipaul ve barbarización. Donde vimos talento, él también lo ve, pero interpretándolo desde el discurso de la inconformidad post-colonial; los únicos realmente talentosos triunfan entre los europeos y son incomprendidos por sus compatriotas. Son los juegos de la imaginación histórica. Son las revelaciones de la visión del otro. El Dorado estaba perdido, la revolución estaba perdida, Trinidad era pura pérdida. “El Imperio español se estaba hundiendo en lo que había sido la provincia de El Dorado; el Imperio Británico había ascendido. Pero la colonia británica que se estaba estableciendo se parecía extraordinariamente a la provincia española que se estaba destruyendo desde adentro.”²⁷

Finale.

Este recorrido por el autor y su única obra histórica (“No volví a escribir un libro como ese”, dirá años más tarde²⁸) ha servido, más allá de las informaciones que aporta sobre Sir Vidia y la historia de Trinidad en particular; para identificar en su pleno despliegue dos problemas teóricos. El muy general de la visión del otro, evidenciando en algunas construcciones de Sir Vidia: su idea del “tercer marquesado”, de la fatalidad del destino sudamericano, de la inviabilidad de la revolución; su configuración de personajes como Picton, Hislop, Level de Goda, que vistos desde otra perspectiva son, simplemente, *otros* personajes, porque los produce *otra* imaginación histórica. Como vemos, la historia, efectivamente, es interpretación.

Y el del desarraigo del “descolonizado”. Cómo eso que ha sido llamado el “discurso de la inconformidad”, en su vertiente de derechas, la pesimista, lleva a que ciertos hombres rompan con su entorno, pero sin poder adherirse plenamente al que desean, el europeo. La vida de Sir Vidia es el sostenido esfuerzo por ello. Él se refleja en Miranda, en Level, en los que en su concepción “vieron y entendieron”, como en la frase del Evangelio, y se fueron. Picton, Gual, Fullarton, Hislop, Raleigh, Berrío, no entendieron, se quedaron y fueron devorados.

Ese hombre que no es de ninguna parte vela como un paria buscando abrigo. Tal vez lo halla en su particular construcción del mundo. Ese es su enigma. Él es un enigma. Un enigma que sólo en la reconstrucción de su prosa adquiere alguna luz de elucidación. Nadie puede escapar de sí mismo. Naipaul no quiere ser caribeño, no quiere ser macondiano, pero al enfrentarse a su enigma traspasa pronto el *Ramayana* y las primeras formas que adquirió su memoria, para hallarse con el genocidio de los chaguanes, con seres desesperados buscando sus fantasías en el Orinoco; con viruelas que matan hasta los monos; con revolucionarios descuartizados; con psicologías como la de Valliot, que a la hora de cobrar honorarios describía sus torturas no como proezas, sino con la frialdad del contable que hace un inventario en un almacén. Naipaul es de esa realidad, y sin embargo no lo sospechaba, nunca dejó de sentirse extraño; más bien se sintió más extraño que nunca:

“Hoy, también soy forastero en la ciudad. Puerto España es más grande, más brillante, más ruidosa y se ve más educación que cuando yo iba al colegio allí, entre 1939 y 1948. Entonces, a pesar de la guerra y de la base estadounidense, parecía un lugar en los confines del mundo. Venezuela, de la que la isla forma parte en otros tiempos, estaba justo al otro lado del golfo y algunos días podía verse. Pero Venezuela era un hecho en los libros de geografía. La lengua española estaba muerta en Trinidad; no quedaban trazas del imperio español. La Guayana Británica estaba más cerca, y resultó algo absurdo que un periódico venezolano publicara el siguiente titular en primera página: ‘INGLATERRA DEVUÉLVENOS TRINIDAD Y GUAYANA O LAS TOMAREMOS POR LA FUERZA.’

Venezuela se estaba transformando por su riqueza petrolífera (...) Pero en Puerto España, Venezuela era sólo un lejano país de dictadores, un ejército, sadismo, revoluciones de la noche a la mañana y refugiados que, cuando aparecían en las calles, eran mulatos y curiosamente normales.

Puerto España era un lugar en el que habían pasado cosas pero no se notaban. Sólo permanecían las gentes, y su pasado había desaparecido de todos los libros de historia. Picton era el nombre de una calle; nadie sabía más. La historia era un cuento de hadas sobre Colón y un cuento de hadas sobre las extrañas costumbres de los aborígenes, caribes y arauacas; ya resultaba imposible situarlos en el paisaje. La historia era el sello de cinco centavos de Trinidad: Raleigh descubriendo el lago de la Brea. La historia era también un cuento de hadas, no tanto sobre la esclavitud como sobre su abolición, de los buenos que derrotan a los malos. Era la única forma de contar el cuento. Cualquier otra versión habría terminado en ambigüedad y miedo (...) En los anales, el esclavo es anónimo, silencioso, con identificación pero sin nombre. No tiene historia.”²⁹

Es un enigma. La historia entera era un enigma. Venezuela era un enigma. Era la historia olvidada. Era el lugar a donde había huido Matilda, como tantos más. Era lo que Naipaul descubrió cuando quiso encontrar la verdad.



Notas y Bibliohemerografía

- ¹ Ibid., p. 14.
- ² Ibid., p. 15.
- ³ Sobre Berrío hay, al menos, dos buenos trabajos. El de Pablo Ojer, *Don Antonio de Berrío, gobernador de El Dorado*, Caracas, UCAB, 1960; y el de José Rafael Lovera, *Antonio de Berrío, la obsesión por El Dorado*, Caracas, PDVSA, 1991. Su otro hijo, Francisco de la Hoz Berrío, fue gobernador de Venezuela entre 1616 y 1622, y fundador de una gran cantidad de sus pueblos. Sobre su gestión existe el interesante libro de Ambrosio Perera, *Caracas siglo XVII. Sus primeros pueblos*, Madrid, s/n, 1967. Por su lado, el malogrado Fernando aún aguarda por una biografía, bien que Ojer lo haya tratado en su estudio.
- ⁴ Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1972.
- ⁵ *Ibidem*, p. XXI.
- ⁶ La pérdida..., p. 24
- ⁷ *Ibid.*, p. 113
- ⁸ *Ibid.*, pp. 124, 125 y 126
- ⁹ *Ibid.*, p. 126.
- ¹⁰ Eduardo Arcila Farías, *Economía colonial venezolana*, México, FCE, 1946, p. 189.
- ¹¹ Naipaul, “La pérdida”..., p. 127
- ¹² *Ibid.*, p. 141.
- ¹³ “La pérdida”..., p. 343.
- ¹⁴ *Ibid.*, p. 344.
- ¹⁵ *Ibid.*, p. 165.
- ¹⁶ *Ibid.*, p. 183.

- ¹⁷ *Ibid.*, p. 184
- ¹⁸ *Ibid.*, p. 154, 178.
- ¹⁹ *Ibid.*, p. 166.
- ²⁰ *Ibid.*, p. 315
- ²¹ *Ibid.*, p. 323.
- ²² *Ibid.*, p. 318.

- ²³ Son las “Memorias de Andrés Level de Goda”, aparecidas en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo XV, julio-sept. 1932; y “Antapódosis: nuevas memorias de Andrés Level de Goda”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, agosto-diciembre 1933.
- ²⁴ “La pérdida” ..., p. 356.
- ²⁵ *Ibd.*, p. 354.
- ²⁶ *Ibd.*, p. 341.
- ²⁷ *Ibd.*, p. 343
- ²⁸ “Leer y escribir” ..., p. 66.
- ²⁹ *Ibd.*, p. 384.



Mapa de Guayana del siglo XVII
con el lago de Parima

Fuente: http://nl.wikipedia.org/wiki/Surinaamse_literatuur
consultado, 13 de agosto de 2006